

# ¿RENOVANDO EL PATIO TRASERO? EL DEBILITAMIENTO DE LA SURAMÉRICA BRASILEÑA Y EL REGRESO DE ESTADOS UNIDOS A LA REGIÓN

Ricardo Betancourt VÉLEZ<sup>1</sup>

■ **RESÚMEN:** Este artículo analiza diferentes ideas de región que han convivido en el continente americano, y enfatiza en la exitosa propuesta regional sostenida por Brasil en los primeros quince años del siglo XXI, cuando varios países respaldaron la concepción de un espacio regional suramericano. Sin embargo, se resaltan las dificultades del proyecto suramericano para trascender en el tiempo por varias razones, entre las que se encuentran los cambios en la política exterior derivados de los cambios de gobierno, la vulnerabilidad de las economías ante los cambios en los precios de las materias primas, la existencia de proyectos regionales alternativos, y los cambios en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina. Estos factores pueden llevar a que el liderazgo de Brasil tenga que renovarse para adaptarse a los nuevos desafíos que irán surgiendo.

■ **PALABRAS CLAVE:** Suramérica. Liderazgo brasileño. Latinoamérica. Estados Unidos.

## Introducción

Terminada la bipolaridad de la Guerra Fría, se produce una reacomodación de fuerzas en el sistema internacional. De un mundo en el que Estados Unidos y la Unión Soviética ejercían claramente el rol de superpotencias, se dio paso a otro en el que

---

<sup>1</sup> PUJ – Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Departamento de Relaciones Internacionales. Cra 7 N. 40-62, Bogotá – D. C. – Colombia. rbetancourt@javeriana.edu.co.

si bien Estados Unidos sigue siendo el actor más relevante en el sistema internacional, empieza a compartir protagonismo con varias potencias emergentes que empiezan a tener un rol bastante significativo. En el caso del continente americano, la potencia que empezó a cobrar dicho protagonismo fue Brasil. Este texto evalúa el acenso de Brasil como actor relevante que entre la década de los noventa, y la primera del siglo XXI, se vuelve un protagonista de la política hemisférica, que llega incluso a dar nuevos contenidos al concepto de región, y que parece liderar un cambio en el relacionamiento entre el norte y el sur del continente, al punto de que se llegó a hablar del ocaso de la hegemonía estadounidense en Suramérica. Sin embargo, en los últimos cinco años, distintas problemáticas políticas y económicas de Brasil, algunos cambios en la política exterior colombiana, la caída en los precios mundiales de las materias primas, y el restablecimiento de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, podrían estar debilitando la posición que Brasil había venido construyendo en el sur del continente americano.

## **Las distintas ideas de región**

Hay distintas formas de pensar el continente americano, cada una de las cuales representa una concepción sobre cómo deben operar en él las relaciones de poder. Las Américas o Latinoamérica no representan solamente zonas geográficas diferentes, sino ante todo, relaciones de poder diferentes. La idea de entender a América como un solo espacio, ha sido ampliamente promovida por Estados Unidos, al menos, desde el siglo XIX cuando la Doctrina Monroe habló de una América para los americanos, que implicaba que el suelo de este continente debía estar libre de la presencia – y la influencia- de potencias imperiales europeas, coincidiendo con los tiempos de la descolonización. Dicha idea era respaldada por acciones, como el apoyo financiero y militar a algunos procesos de descolonización. A esta idea inicial de un único continente la podemos entender como la Pan América, pues uno de los espacios en la que fue promovida con más fuerza fue en la Conferencia Panamericana de 1889 (BOORSTIN, 1997, p. 211). La Doctrina Monroe, además de establecer la forma en la que Estados Unidos entendía y actuaba frente a las potencias coloniales como indeseables que debían salir del continente, también definía la forma en que el país norteamericano se relacionaba con el

sur del continente. Definía acciones concretas para materializar la idea mesiánica del “destino manifiesto” de una nación cuya superioridad moral, legitimaba la injerencia en los asuntos de otras naciones para indicarles la forma correcta de habitar el mundo.

En el siglo XX, finalizados los procesos de descolonización, surgió la Unión Soviética como la nueva posibilidad de injerencia externa para este continente monolítico. Dicha amenaza podía ser una intervención militar soviética, pero también su influencia ideológica que promoviera una amenaza interna. Para enfrentar las dos posibilidades de injerencia, Estados Unidos adaptó la Pan América del siglo XIX a las dinámicas del siglo XX, dándole ahora la forma de la Interamérica. Para contrarrestar un posible ataque soviético, Estados Unidos promovió la firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TRIAR), suscrito en 1947, que planteaba en su artículo 3.1 que en caso de:

... un ataque armado por cualquier Estado contra un Estado Americano, será considerado como un ataque contra todos los Estados Americanos, y en consecuencia, cada una de las Partes Contratantes se compromete a ayudar a hacer frente al ataque en ejercicio del derecho inmanente de legítima defensa individual o colectiva que reconoce el Artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas (GOBIERNOS, 1947).

Respecto a la amenaza ideológica, surge, entre otras, la Doctrina de la Seguridad Nacional, mediante la cual Estados Unidos instruye a los diferentes Estados del sur del continente la forma como deben combatir las ideas soviéticas, representadas en diferentes movimientos de izquierda tanto armada como social y política. La materialización de esta doctrina se vio en la prohibición de varios movimientos de izquierda, la conversión de los ejércitos en fuerzas para combatir a enemigos internos – y no para proteger la soberanía externa, como solía ser su función-, el surgimiento de grupos paramilitares, y varios golpes de Estado que se presentaron en el continente. La Organización de Estados Americanos (OEA), que surge a mediados del siglo XX, representa precisamente la promoción de valores de inspiración estadounidense que además inspiran unas particulares relaciones de poder.

Como se ve, la forma de concebir el espacio no es simplemente la forma de nombrar una porción de territorio, sino ante todo, un

planteamiento de la forma como se debe actuar en él. No en vano, en diferentes momentos de la historia han surgido propuestas para entender de otra forma el espacio en que se habita que van más allá de la mera geografía física, pues representan otras formas de relacionamiento entre el norte y el sur del continente. Es por eso que Latinoamérica puede ser entendida como una propuesta alternativa a América en términos de relaciones de poder, que también data del siglo XIX, teniendo algunas de sus raíces más importantes en el bolivarismo, y concretada entre 1836 y 1861 en la forma de Latinoamérica (ARDAO, 2006, p. 160). La apuesta por entender al sur del continente como un espacio diferente, y autónomo, como lo representaba José Martí al hablar de "Nuestra América", implicaba una oposición al menos a la idea de entender a Estados Unidos como una autoridad moral con derecho a enseñar a las demás naciones la forma correcta de existir.

### **La propuesta de Brasil**

Aunque en más de una oportunidad se ha despertado el entusiasmo latinoamericanista, en la mayoría de los casos los éxitos solo han sido parciales y con frecuencia bastante limitados. Hoy en día siguen existiendo proyectos que intentan mantener vivas las clásicas ideas bolivarianas, como es el caso del ALBA (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América). Sin embargo, dicha propuesta ha tenido un alcance relativamente limitado en términos del apoyo que logró conseguir en el continente, y tras la muerte de Hugo Chávez, uno de sus líderes más importantes, y con el fuerte descenso en los precios del petróleo que en su mejor momento financiaron esta iniciativa pero que hoy ya no dan para tanto, ha perdido bastante peso.

También como alternativa al monroísmo, pero no siguiendo los preceptos bolivarianos clásicos, ha surgido la idea de Suramérica como una nueva representación del espacio y por lo tanto como una apuesta por renovar las relaciones de poder. Dicha idea ha sido propuesta por Brasil y tanto como pretendía el latinoamericanismo, excluye a Estados Unidos y a Canadá. Sin embargo, en Suramérica dicha exclusión solo se entiende como la necesidad de ser autónomos, más no opuestos y mucho menos rivales de la potencia del norte. De hecho, la relación con Estados Unidos tiende a ser cordial y con frecuencia cooperativa.

La génesis de esta iniciativa se puede encontrar primero en el proceso de democratización de Brasil posterior a sus tiempos de dictadura, cuando le apostó por mejorar sus relaciones con los países del Cono Sur, lo que a la postre se materializó en el Mercosur.

La década de los 90 no fue fácil para la economía brasileña, y un fortalecimiento de Mercosur era visto como un paso importante para la recuperación. Sin embargo, uno de los obstáculos más grandes era la frecuente oposición de Argentina a varias de sus propuestas. La opción por la que optó Brasil fue por buscar la ampliación de Mercosur hasta una escala suramericana, de modo que la participación de más países diluyera el poder relativo que tenía Argentina. Esto desde luego implicaba que Brasil debía estrechar sus relaciones con los demás países de la región, con los que su trato no era tradicionalmente muy estrecho (SPEKTOR, 2011, p. 163). El creciente interés de este país por fortalecer las instituciones regionales, llevó a Fernando Henrique Cardoso a proponer que Mercosur pasara de la simple zona de liberalización comercial, a la política comercial común y al arancel externo común, lo que ya empezaba a representar referentes de soberanía compartida (AMORIM, 2009, p. 8).

Paralelamente, Brasil estimuló el encuentro entre la Comunidad Andina de Naciones y el Mercosur, siendo ésta otra muestra del tejido organizacional e institucional que se empezó a construir. Al respecto, el nuevo presidente de Brasil, Lula da Silva, mencionaba que: “nuestra prioridad en materia de integración es la América del Sur y estamos dispuestos a hacer lo que sea necesario para acelerar las negociaciones con la Comunidad Andina y sus miembros” (ARROYAVE, 2012, p. 254). En suma, Brasil priorizó su política regional como estrategia para su interacción con el mundo, y el encausamiento de su política hacia Suramérica, tuvo como protagonistas a Fernando Henrique Cardoso y a Lula da Silva (ARROYAVE, 2012, p. 253).

Por aquel tiempo, el éxito del Plan Real para la estabilización de su economía dio buenos resultados y empezó a crecer de forma considerable. Ambos elementos llevaron a un paulatino incremento de los vínculos comerciales de este país con sus vecinos más cercanos, lo que llevó a Brasil, que tradicionalmente había sido relativamente distante a los países de su entorno, se empezara a preocupar por su bienestar político y económico. Esto lo hizo pasar a tener un rol más activo que al final se convirtió en liderazgo.

Esto chocaba con el significativo peso que Estados Unidos ejercía en algunos países, pues implicaban una competencia por el liderazgo contra una superpotencia. Concretamente, resultaba ser motivo de preocupación la inestabilidad y problemáticas internas de varios países que por tal motivo se convertían en justificación de la intervención estadounidense. Uno de los casos más críticos era el de Colombia, pues su conflicto armado interno, y todos sus correlatos como el narcotráfico, además de la tradicional cercanía del este país a la potencia del norte, hacían que Colombia tomara distancia del liderazgo brasileño y buscara apoyo en Estados Unidos. En este sentido, se puede entender lo incomodo que podía resultar para Brasil el Plan Colombia, que llevaba la injerencia estadounidense hasta las fronteras de la potencia suramericana (BETANCOURT, 2012, p. 664). La otra fuente de incomodidad se podía encontrar en el discurso confrontacional de Venezuela, Bolivia y Ecuador que desafiaban frontalmente a Estados Unidos, lo que no hacía más que llamar su atención y aumentar el valor estratégico de mantener aliados como Colombia en el sur del continente (RAMÍREZ, 2011, p. 127).

En la misma línea de construir un espacio autónomo frente a la influencia estadounidense, Brasil optó por delimitar este nuevo espacio en Suramérica y no en Latinoamérica, pues esta última implicaba incluir a México, país con tradicional vocación de líder que desde los años 80 había empezado un proceso de “norteamericanización” que lo hacía muy cercano a los intereses de la potencia del norte. De alguna forma, incluir a México implicaba incluir a un posible competidor por el liderazgo demasiado cercano a Estados Unidos (ROCHA; MORALES, 2008). Además, ampliar los intereses de Brasil hacia Latinoamérica y el Caribe, implicaba entrar a competir con más directamente con los tres países del NAFTA (North American Free Trade Agreement).

Sumado a todo lo anterior, quizás el elemento más relevante en la construcción del espacio suramericano fue la forma como Brasil reaccionó ante la propuesta estadounidense de conformar el Área de Libre Comercio de Las Américas (ALCA) en tiempos de la presidencia de Clinton. Por un lado, países cercanos a la superpotencia, y que andaban en la onda de las reformas neoliberales como Colombia, México y Chile, respaldaron la iniciativa. Por otro lado, países como Venezuela y más tarde Bolivia y Ecuador, plantearon su oposición (que se materializó en el ALBA). El Brasil de Cardoso, por su parte, no era contrapuesto

al libre comercio ni al neoliberalismo, pero lo adaptaba al contexto de su país, y no mostraba ni su apoyo o rechazo rotundos al ALCA, sino que lo consideraba una posibilidad siempre y cuando fuera producto de una concertación entre el norte y el sur del continente. El problema para Brasil no era tanto el modelo que expresaba esta iniciativa, sino que se estableciera como una imposición de Estados Unidos.

De cualquier forma, una negociación de pares parecía casi imposible dada la enorme asimetría de poder entre los países del continente, por lo que Cardoso empezó a promover que Suramérica formara un bloque con una posición conjunta frente a Estados Unidos. Por supuesto (ROETT, 2007, p. 56). Esto implicaba un cambio entre el seguidismo pro-estadounidense del gigante del sur en los albores del siglo XX, y una nueva mirada con voluntad de autonomía y agencia de un proyecto propio ubicado en un espacio novedoso. Así, su propuesta no era desafiar a Estados Unidos, sino sumar alianzas para tener una posición negociadora más fuerte que permitiera una negociación menos asimétrica. Pese a que varios países –los más cercanos a Estados Unidos- optaron por no sumarse a la iniciativa brasileña, las acciones de este país condujeron a que se renunciara al ALCA. La estrategia estadounidense se transformó en firmar Tratados de Libre Comercio bilaterales con cada país del continente por separado, pero Brasil se hizo consciente de que el establecimiento de alianzas regionales podría servir para promover sus intereses.

Lo interesante de todo esto es que como se ha planteado, la definición del espacio contempla de nuevo unas particulares relaciones de poder, en las que Estados Unidos queda ubicado en el afuera, y que hace visible que las relaciones en el continente no son simétricas sino que son fuertemente determinadas por la superpotencia. Esto no la pone en el lugar del enemigo, sino que la valora como un poder bastante grande, con el que las relaciones pueden ser cooperativas siempre y cuando Suramérica, en el marco de un proyecto de autonomía, no sea mero receptor de indicaciones desde el norte sino como un actor con capacidad de defender su posición en la medida en que actúa conjuntamente. Esta idea sustentó la primera reunión de presidentes suramericanos, que dio como resultado la idea de crear una organización llamada Área de Libre Comercio de Suramérica (ALCSA), como alternativa regional al ALCA (GUDYNAS, 2006, p. 4), y la Iniciativa para la Integración de la

Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA). Tiempo después, el ALCSA tomaría el nombre de Unasur (Unión de Naciones Suramericanas).

## **El triunfo parcial de Suramérica**

La iniciativa de construir la región suramericana coincidió con un contexto bastante favorable. La caída de la Unión soviética había cambiado el valor estratégico de Latinoamérica para Estados Unidos, y aunque por algún tiempo el narcotráfico tomó el lugar de ser el motivo para la intervención, los atentados del 11 de septiembre de 2001 dieron origen a una nueva amenaza para la que Latinoamérica ya no era la retaguardia estratégica. En Colombia la política de la seguridad democrática de Álvaro Uribe logró ajustar la lectura del conflicto armado interno para que encajara dentro de los intereses estadounidenses y mantener los recursos del Plan Colombia, por lo que se empezó a promover el discurso de que en el país no había guerrillas sino una amenaza terrorista en contra del Estado. Ligado a esto, además de una afinidad personal con el entonces presidente Bush, Uribe logró que Colombia siguiera ocupando un lugar dentro de la estrategia de seguridad estadounidense más allá del fin de la Guerra Fría. Sin embargo, Latinoamérica como tal no era vista por la superpotencia como una retaguardia estratégica para defenderse de su nuevo némesis. En suma, desde el fracaso del ALCA, no hubo una estrategia clara de relacionamiento de Estados Unidos con el sur del continente (BETANCOURT, 2014).

Sumado a lo anterior, la Comunidad Andina de Naciones, el Mercosur y la Unasur lograron intensificar las relaciones comerciales y políticas entre los países de la región, lo que llevó a una intensificación del dialogo y a una diversificación de los intereses. Mientras durante buena parte de la historia republicana de los países latinoamericanos Estados Unidos fue el principal socio comercial y político de la mayoría de los países, hacia 2010 los países suramericanos ya tenían entre sus vecinos a varios de los principales socios comerciales y políticos. A esto contribuyó la crisis económica en la que cayó la potencia norteamericana después de 2007, y el auge de nuevos actores como China, que también empezó a ganar un lugar importante entre los intereses de los países suramericanos. Los elevados precios de las materias primas también contribuyeron, pues se dio la paradoja que



mientras varias de las economías más desarrolladas del mundo se encontraban en una de sus peores crisis, los países exportadores de materia prima tenían constates y elevados niveles de crecimiento. Con todos sus altibajos y debilidades institucionales, la autonomía que estaba promoviendo Brasil servía de plataforma para la construcción de una arquitectura de gobernanza regional que resultaba cuanto menos promisoría.

Este contexto era tan evidente que incluso Colombia, con todo y su tradicional e incondicional alianza con Estados Unidos, y que en un principio fue uno de los más escépticos frente a Suramérica, terminó aproximándose a ella. La disminución de los recursos del Plan Colombia, la llegada de Barack Obama, y el cambio de presidencia en Colombia hicieron que incluso este país se volviera un jugador activo en la nueva región. Pronto Colombia llegó a ocupar la Secretaría General de la Unasur, a mostrar su interés por el Consejo de Defensa Suramericano, y a converger en este organismo con los demás países para tratar en casa los problemas de casa.

Por aquel tiempo reinaba un ambiente de optimismo en el que parecía que en efecto las relaciones entre el norte y el sur del continente podrían contar con un sur más autónomo, y que la Suramérica brasileña estaba reemplazando a la Interamérica como el espacio del que los países del sur se sentían parte. Quizá uno de los momentos más llamativos fue la Cumbre de Las Américas de 2012, realizada en Cartagena. Más allá de que no se haya presentado una posición conjunta como países de Unasur, o como países suramericanos, en general hubo una actitud ampliamente respaldada por buena parte de los países latinoamericanos respecto a la participación de Cuba, que, desde que Estados Unidos estableció el bloqueo político y económico, fue excluida de los espacios continentales más importantes. Fueron varios los países que estuvieron a punto de no asistir dada la reticencia de Estados Unidos a aceptar la presencia cubana, y aunque al final estuvieron en Cartagena, la Cumbre dejó ver profundas divisiones entre el norte y el sur, y al final, no hubo una declaración conjunta oficial. Los países del sur del continente estaban dejando claro que los tiempos de apegarse irrestrictamente a los designios estadounidenses eran cosa del pasado, y sugirieron que no habría una nueva cumbre si no participaba Cuba.

## **Latinoamérica se renueva ¿El fin del tiempo suramericano?**

Pese a las diferencias políticas, ideológicas, de modelos económicos, y de proyectos regionales que había en Suramérica, que parecían hacer poco probable algún nivel de convergencia, Brasil logró un entendimiento en medio de la diversidad. Ni Colombia habría estado interesada en hacer parte de los proyectos venezolanos, ni viceversa. Sin embargo, ambos encontraron un espacio en el proyecto liderado por Brasil. En parte esto fue posible porque la potencia suramericana logró afianzar su imagen como como líder regional confiable. Este país se encuentra en la difícil posición de tener unas capacidades materiales y unas habilidades diplomáticas que la ponen por encima de sus vecinos en la jerarquía de poder. Sin embargo, dichas capacidades y habilidades no son lo suficientemente superiores como para imponer su hegemonía, al modo en que podría hacerlo una superpotencia (FLEMES, 2012).

Esto podría llevar a la impugnación de su liderazgo por parte de sus vecinos, en eventuales alianzas “anti-brasileñas”. Sin embargo, Brasil fue bastante hábil manejando esta situación, pues logró que su posicionamiento, antes que una amenaza, fuera visto como una oportunidad de alianza estratégica para sus vecinos. A partir de la promoción de la democracia, la no injerencia externa en los asuntos de los países suramericanos, la apuesta por el desarrollo económico, y la construcción de organizaciones regionales en las que los países miembros se sentían incluidos, logró avanzar, aunque no consolidar, la percepción de ser un líder regional con actitud de hegemón consensual (FLEMES, 2012).

El liderazgo regional implica tres requisitos: que la potencia asuma su liderazgo sobre una región delimitada, que tenga recursos materiales, organizacionales e ideológicos, y que ejerza gran influencia en los asuntos regionales, es decir, que goce de reconocimiento por parte de los demás Estados que hacen parte de la región (NOLTE, 2012, p. 35 *apud* PASTRANA; VERA, 2012b, p. 143). Nolte (2012, p. 36), agrega que estas potencias líderes tienen la capacidad de establecer la agenda de seguridad regional, y además son partícipes activos en foros y organizaciones regionales e internacionales en donde además de representar sus propios intereses, procuran también encarnar los intereses regionales.

Como plantea Flandes (2012, p. 24), el liderazgo se puede ejercer de varias formas: el liderazgo puede ser distributivo si la potencia regional está dispuesta a proveer bienes públicos como estabilidad e infraestructura regional, asumiendo una elevada proporción de los costos necesarios para el desarrollo de las mismas. El liderazgo también puede ser multilateral si la potencia en cuestión incluye a las potencias secundarias en la toma de decisiones a nivel regional mediante cumbres multilaterales e instituciones intergubernamentales. Otra posibilidad es que el liderazgo sea normativo, es decir, que se base en la proyección de normas y valores sustentados en la legitimidad y autoridad moral de la potencia, que sin embargo debe tener en cuenta las creencias ideales de las potencias secundarias para ganar su aceptación. Y finalmente, el liderazgo puede ser consensual, toda vez que la potencia guíe las discusiones hacia una agenda pluralista que consolide un consenso regional. Estas formas de ejercer el liderazgo no se excluyen las unas a las otras, sino que por el contrario, entre más tipos de liderazgo sean ejercidos por la potencia líder regional, mayores serán las posibilidades de consolidarse como tal porque menos probable será la impugnación ejecutada por las potencias secundarias.

Después de una primera década del siglo XXI en la que Brasil avanzó bastante en su posicionamiento como líder, logrando sortear con éxito algunos intentos de impugnar su posición, en los últimos años ha tenido debilidades para ejercer el liderazgo, y de la mano de eso, han surgido impugnaciones y un posible debilitamiento del espacio suramericano. El liderazgo no es una condición dada sino un rol que debe ejercerse, y que se debilita si no se actúa en función de ese rol. Además, en cuanto a construcción social, depende de las percepciones del otro. Desde la llegada a la presidencia de Dilma Rousseff, el ejercicio de ese rol ha sido mucho más pasivo, y así mismo, la percepción de los países vecino ha cambiado.

En el caso de Colombia, Brasil pasó de ser visto como un aliado estratégico que le ayudaba a mediar en su difícil relación con Venezuela y como un apoyo en términos de los avances hacia una solución negociada del conflicto armado interno, a un país que no es determinante ni en su relacionamiento internacional ni en sus asuntos internos. Después de que Brasil fue uno de los países que más apoyó a Colombia como mediador entre gobierno e insurgencia para lograr la liberación de algunos de

los secuestrados por las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, hoy ni siquiera tiene un papel importante en el proceso de negociación de un acuerdo de paz, rol que le arrebató Cuba.

Ronda la percepción de que la política exterior brasileña es hoy en día menos activa que la de hace unos años, y específicamente en Suramérica, dejó de liderar varios proyectos. Aunque no renunció a participar en Unasur y en Mercosur, dichos organismos se han caracterizado en los últimos años por un aparente estancamiento del que parecieran no tener perspectivas próximas de salir.

Pueden ser varios los factores que han determinado este cambio. Hay que considerar que después de un periodo de tiempo en el que los precios de las materias primas, y especialmente los hidrocarburos alcanzaron unos precios históricamente altos, recientemente han bajado bastante. Dado que el grueso de la suramericana es dependiente de este tipo de productos, el crecimiento económico se ha visto afectado, y con ello el presupuesto público. En el caso de Brasil, el país ha estado rondando el borde de la recesión, y es visible la reducción del presupuesto de Itamaraty. Si a esto se le agrega la larga temporada de sequías que ha vivido el país, y por supuesto, los escándalos de corrupción que han enlodado a Rousseff y al Partido dos Trabalhadores, se completa una sumatoria de factores que han afectado la gobernabilidad de Brasil y lo han obligado a poner más atención a los problemas internos que a los externos.

De ello se deriva la preocupación de qué tan coyuntural eran el liderazgo brasileño y la construcción de Suramérica. Si se trató de un fenómeno pasajero de comienzos de siglo, dependiente de un contexto favorable, o si es en efecto un proyecto a largo plazo que dado un particular contexto, se encuentra pasando por un bache que eventualmente superará. Por ahora lo que es visible es que el debilitamiento del liderazgo brasileño ha posibilitado, quizás incluso impulsado, la aparición de proyectos regionales que podrían estar impugnando el poder de la potencia regional, atacando precisamente la delimitación del espacio suramericano.

El primero de los proyectos que dibuja un espacio diferente al suramericano, es el de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños que desde 2010 viene haciendo cumbres intergubernamentales, y que cuenta con un liderazgo significativo de México. Considerando que como se dijo antes, uno de los movi-

mientos estratégicos de Brasil fue excluir a México de su espacio de influencia, es significativo que este país esté tras esta iniciativa. Por ahora no es claro que la Comunidad pueda constituirse a largo plazo como un remplazo de Unasur o de Mercosur, o que México pueda consolidarse de nuevo como el líder latinoamericano –seguramente ya no latinoamericanista- que alguna vez fue. Sin embargo, el surgimiento de este proyecto deja entrever que los Estados suramericanos no tienen un compromiso irrestricto con el proyecto brasileño y que no tienen mayores inconvenientes en apostar a otros proyectos. En su momento apoyaron a Brasil y la noción de espacio que defendía, pero esta no es una apuesta definitiva, y depende fuertemente del rol activo y permanente de la potencia regional. Además, muestra que los demás países no se definen exclusivamente como suramericanos.

El segundo proyecto que puede estar impugnado la posición de Brasil a partir de la propuesta de otra noción de espacio, es la Alianza del Pacífico. Cuenta con países que como Colombia, Chile y Perú, hacen parte de Unasur y en muchos sentidos han colaborado con las iniciativas Brasileñas. Sin embargo, estos tres países comparten ciertas ideas que los distancian de Brasil en cuestiones políticas, como la prioridad que le dan al relacionamiento con Estados Unidos, pero sobre todo económicas, pues son los que más incorporaron en sus Estados reformas neoliberales, que tienen más afinidad con este modelo de desarrollo, y que apelan más claramente al libre comercio. De hecho, esa es una de las razones por las cuales no han querido ser miembros Mercosur, organismo al que consideran demasiado proteccionista. Además, poniendo en dos extremos el modelo de desarrollo mexicano y al brasileño, están mucho más cercanos al primero. No es de extrañar que como apuesta económica hayan optado por hacer una Alianza con México antes que entrar al Mercosur.

La Alianza, tanto como la CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños), marcan un regreso de México y un regreso de Latinoamérica, y un apartamiento de la delimitación suramericana pues además de México, países como Costa Rica, Panamá y Guatemala están en proceso de incorporación. Y pese a que la Alianza se ha pregonado como un proyecto ante todo económico que no pretende rivalizar con Unasur, no se puede desconocer sus implicaciones políticas. Mientras los proyectos de la década anterior – Unasur y ALBA – pretendían en mayor

o menor medida distanciarse de Estados Unidos, la Alianza no solo no tiene una apuesta por el distanciamiento, sino que todo lo contrario, apela a la cercanía a la superpotencia. Los cuatro países miembros están entre los que han tenido históricamente un lazo más estrecho con la potencia del norte, tienen tratados de libre comercio con ella, y comparten ampliamente sus valores.

En este sentido, la Alianza promueve un tipo de regionalismo completamente distinto a los que tuvieron auge la década pasada, pues no son ni autonomistas como el de Suramérica, ni rupturistas como el del ALBA. Estas dos visiones del regionalismo fueron conceptualizadas por diferentes autores como *postcomercial* (TUSSIE; TRUCCO, 2010), *postliberal* (VEIGA; RIOS, 2007) o *posthegemónico* (RIGGIROZZI, 2010), quienes las distinguen como una tercera fase de los regionalismos latinoamericanos, sucesora del esquema cerrado de mediados del siglo XX, y del abierto y liberal de la década de 1990. Estos tres conceptos comparten el sufijo “post” para identificar la superación del modelo liberal, aperturista y economicista de los 90 el primero; los valores liberales y neoliberales el segundo; o de forma más general, la superación los distintos valores políticos y económicos que acompañan la hegemonía estadounidense.

El concepto de *posthegemónico*, muy usado por Riggirozzi (2012) y Sanahuja (2012) incluye por lo tanto la idea de lo *postcomercial* y de lo *postliberal*, y se propuso como la forma de identificar la identidad y los propósitos de la tercera fase de los regionalismos latinoamericanos. Asumirlos como la nueva etapa les daba un carácter de novedad que acompañó la gran expectativa que despertó, sobre todo, Unasur. Aun así, hay que tener en cuenta que el proyecto del ALBA y el de Suramérica no avanzaban en paralelo hacia un mismo objetivo, lo que permitiría englobarlos dentro de la misma categoría. Por el contrario, tienen grandes diferencias, el menos, en tres sentidos.

Primero, ocupan espacios geográficos diferentes. ALBA retoma la idea de región de José Martí de Nuestra América, concebida como un espacio que va desde Argentina hasta México, y aunque de momento está lejos de cubrir esa extensión territorial, tiene una vocación latinoamericanista con adeptos en Suramérica y Centroamérica, y proyección hacia el Caribe a través de programas como Petrocaribe. En contraste, el proyecto liderado por Brasil está claramente delimitado en Suramérica, y su rol hacia Centroamérica es relativamente pasivo para evitar

entrar en disputas por el liderazgo contra México, Canadá, y especialmente, contra Estados Unidos (SPEKTOR, 2011). Segundo, su propuesta económica es bastante diferente. ALBA es crítica del liberalismo, del neoliberalismo y del capitalismo, y pretende construir un regionalismo con un modelo económico propio. Suramérica, por otro lado, se mantiene en esquemas ideológicos liberales de democracia y economía de mercado, no desmonta las reformas neoliberales y en varios casos las profundiza, y definitivamente no propone un futuro no capitalista. Y tercero, su forma de relacionarse con Estados Unidos es opuesta. El ALBA es confrontacional y antiimperialista, mientras que Suramérica insiste en tener buenas relaciones con el hegemón.

Así las cosas, sería más preciso hablar de que la tercera etapa de la regionalización está llena de diversidad. Sería válido referirse al proyecto suramericano como posthegemónico, pues expresa una forma novedosa de vivir en un mundo que ya no es determinado exclusivamente por la hegemonía económica, política, militar e ideológica estadounidense, pero no por eso, niega o ataca la importancia de Estados Unidos en el mundo contemporáneo, e incluso, incorpora muchos de los elementos de dicha hegemonía. El ALBA, por el contrario, no solo ataca la hegemonía estadounidense sino que intenta desmarcarse de los diversos elementos que la componen, por lo que sería apropiado llamarlo regionalismo antihegemónico. Finalmente, y como se presentará en el próximo apartado, hay formas de regionalismo que no son precisamente antihegemónicas o posthegemónicas, y que incluso, tienen muchos de los elementos del regionalismo liberal.

Como se ve, en la mera delimitación del espacio y en los valores y objetivos sobre los que sustenta esa delimitación, hay necesariamente razones políticas. El solo hecho de tener una posición sobre el grado de apertura comercial que se debe lograr, y sobre los escenarios geográficos en los que se va a proyectar esa apertura comercial implican también una posición política. Pese a la insistencia de los países miembros de la Alianza del Pacífico en que sus propósitos son comerciales, su creación es necesariamente una apuesta política que definitivamente no encaja en ninguno de los "post". Por el contrario, claramente apela a una noción liberal del comercio, y no se cierra a la delimitación regional sino que ubica sus objetivo primordial, la inserción económica en Asia Pacífico, de forma extra regional. No

es un proyecto de integración que pretenda sustituir a Unasur, pero aun así es una disidencia frente al proyecto brasileño.

Además, puede ser vista como una impugnación al debilitado liderazgo brasileño, no solo por los valores que representa, sino porque hay hechos concretos que van en contravía de los intereses brasileños. Por ejemplo, Uruguay y Paraguay, que en más de una oportunidad han expresado su molestia por ciertas políticas impulsadas por Brasil en Mercosur, ya han sido aceptados como países observadores de la Alianza. Danilo Astori, vicepresidente de Uruguay durante la presidencia de José Mujica, y actual ministro de economía y finanzas de ese país, ha dicho en más de una ocasión que su país podría estar interesado en hacer parte de la Alianza del Pacífico (NOLTE; WEHNER, 2013, p. 5-6). Por ahora Uruguay no podría ingresar a la Alianza pues la normativa de Mercosur se lo impide, pero no se puede descartar que de persistir en este país el inconformismo por la asimetría que afronta en las negociaciones en Mercosur, eventualmente tendría la opción de renunciar y optar por la alternativa del pacífico. Aunque esto parezca mera especulación, la sola posibilidad de que esto ocurra se convierte en un elemento que mejora la posición negociadora de Uruguay en detrimento de la de Brasil.

En el caso de Colombia, aunque en los últimos años ha tenido una relación cooperativa con Brasil, no es un secreto que no comparte muchos de los postulados del regionalismo brasileño, y que venga haciendo un llamado, por ejemplo, a favor de la reducción del proteccionismo de Mercosur. No es muy diferente el caso de Chile y Perú, y si contamos a México, habría que incluir también el desacuerdo que tienen sobre la forma como se delimitó el espacio.

Sumado a la CELAC y a la Alianza del Pacífico, hay una tercera iniciativa latinoamericana que marcha en una dirección diferente –no necesariamente opuesta– a la que propone Brasil. Se trata de un creciente liderazgo de Cuba impulsado por el restablecimiento de sus relaciones con Estados Unidos. Desde el triunfo de la revolución, Cuba ha sido uno de los actores más importantes de la política internacional en el hemisferio, pese al bloqueo que se le impuso en tiempos de la Guerra Fría, y su exclusión de la Organización de Estados Americanos. Se convirtió en uno de los símbolos y guías de buena parte de la izquierda latinoamericana, defensor de la exclusión de Estados Unidos del espacio regional, y un permanente dolor de cabeza



para la superpotencia. Sobre todo en los últimos años, se veía un acercamiento a Latinoamérica que contó con el apoyo de la región, lo que fue visible en la Cumbre de las Américas de Cartagena en 2012. Quizás uno de los hechos más significativos ha sido el apoyo y participación activa de Cuba en el proceso de paz entre gobierno colombiano y las FARC.

Como se mencionó antes, Brasil, que antes parecía interesado en apoyar la solución negociada al conflicto colombiano, no ha sido relevante tras el inicio de la negociación, y en cambio Cuba ha cobrado todo el protagonismo. Así como en su momento Brasil abonó su liderazgo posicionándose como uno de los promotores de la paz y la estabilidad regional, hoy Cuba marcha por ese mismo camino. Aunque por mucho tiempo este país ha tenido pretensiones de liderazgo, esto siempre se vio obstaculizado por el bloqueo. Sin embargo, desde el pasado 17 de diciembre de 2014 cuando se inició el restablecimiento de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, se abrieron las puertas no solo para que la isla asistiera a la Cumbre de las Américas de 2015, sino para que pudiera tener un rol más activo en Latinoamérica.

Lo dicho sobre la Alianza del Pacífico y sobre Cuba no implica que México, Colombia o Cuba estén apuntando a remplazar a Brasil como los nuevos líderes regionales. Por la misma razón por la que Venezuela no encaja en la Alianza del Pacífico y Colombia no encaja en el ALBA, los valores que promueven México, Colombia y Cuba tendrían problemas para ser seguidos ampliamente por los países latinoamericanos o suramericanos. Lo cierto es que después de una primera década del siglo XXI en la que el proyecto suramericano era visto con buenos ojos por los países de la región y por académicos que propusieron nuevos conceptos para describirlos, hoy no es tan claro que Suramérica sea una realidad.

Si la pasividad sigue siendo el denominador de la actitud brasileña frente al proyecto al que dio inicio, resulta cuanto menos probable que en unos años Unasur haya caído en el desuso. Seguramente el resultado de esto no será regresar a las dinámicas de poder de los siglos XIX y XX porque como se planteó anteriormente, son varios los elementos estructurales que han cambiado en las últimas décadas, pero ese caso, el patrón de relacionamiento entre el norte y el sur del continente en esta primera mitad del siglo XXI no será el que Brasil quiso construir.

## ¿El regreso de la Pan América?

Aunque la relación de Cuba con Latinoamérica ha sido relativamente cercana, la llegada a la presidencia de Raúl Castro trajo un nuevo impulso al acercamiento. Tras 50 años de aislamiento, en 2009 logra restablecer las últimas embajadas que tenía pendientes en Latinoamérica y en el Caribe, llegando a tener representación diplomática en todos los países de la región. Ese mismo año, en la Cumbre de las Américas realizada en Trinidad y Tobago, el fin del aislamiento fue uno de los principales temas de discusión (OLIVA, 2011, p. 69). Como se mencionó en la sección anterior, el regreso de Cuba al continente potencializa la actitud de ejercer liderazgo regional, y por su ubicación como país caribeño, no comulga con la delimitación espacial brasileña. En ese sentido, se ha considerado en este capítulo como una de las iniciativas que podrían determinar el debilitamiento del proyecto de Suramérica. Sin embargo, más allá de los propósitos de la isla, uno de los elementos más llamativos del restablecimiento de relaciones con Estados Unidos tiene que ver con cuál es la razón por la cual la superpotencia decide restablecer las relaciones.

Uno de los factores más importantes que determinó que fuera posible construir el espacio suramericano fue el contexto favorable, en parte determinado por una actitud de parte de la potencia del norte que no estaba en contra del proyecto ni promovía opciones alternativas. Estados Unidos estaba empantanado en dos guerras en Medio Oriente, y sus principales desafíos, el terrorismo y China, no tenían una presencia significativa en la región. Mientras tanto, dejó ver – en la *National Security Strategy* de 2010, por ejemplo – que le parecía bien que un país como Brasil se encargara de ser garante de la estabilidad regional.

Damos la bienvenida al liderazgo de Brasil y su intención de ir más allá de la vieja división Norte-Sur para perseguir el progreso en asuntos bilaterales, hemisféricos y globales. El éxito macroeconómico de Brasil, junto con sus medidas para reducir las desigualdades socioeconómicas, ofrecen importantes lecciones para los países de las Américas y África. Vamos a alentar los esfuerzos brasileños contra el tráfico ilícito de redes transnacionales. Como guardián de un único patrimonio ambiental nacional y líder en combustibles renovables, Brasil es un socio importante para

enfrentar el cambio climático global y promover la seguridad energética. Y en el contexto del G20 y la Ronda de Doha, vamos a trabajar con Brasil para garantizar que el desarrollo económico y la prosperidad sean ampliamente difundidas (THE WHITE HOUSE, 2010, p. 44).

A parte de este voto de confianza a Brasil, el documento no hacía referencia a alguna estrategia de aproximación a Latinoamérica, como la que se encontraba en versiones anteriores de este documento. Más allá de cierta inquietud por el narcotráfico en México, no parecía haber en el sur del continente un objetivo estratégico del calibre que tuvo la región durante la Guerra Fría.

Esto no niega algunas voces como la de Henry Kissinger quien dejaba ver su preocupación por la iniciativa de construir una región sin Estados Unidos (KISSINGER, 2001, p. 159). Pese a lo cordial que fuera la relación entre la potencia del norte y la del sur, hay que recordar que el liderazgo brasileño fue usado para oponerse a iniciativas como la del ALCA, o a posiciones negociadoras, como ocurrió en la Ronda de Doha de la OMC. Si a esto se le agrega que otro de los propósitos que tiene Brasil es lograr la reforma del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, se puede cuanto menos sospechar que tras la cordialidad, Estados Unidos puede sentir cierta incomodidad frente a la idea de Suramérica. En este sentido, la inacción no necesariamente implicaba un total acuerdo con lo que estaba haciendo Brasil en el hemisferio.

Sin embargo, esa preocupación parecía quedar en un segundo plano ante las prioridades geográficas y temáticas que quedaban claramente definidas. Por un lado, la permanente preocupación por ciertas dinámicas del Medio Oriente, y por el otro, el ascenso de China como potencia regional y global. Buena parte del documento daba cuenta de que la atención estaba dirigida precisamente a Asia, y particularmente a la República Popular, a la que se hace referencia permanentemente, y sobre la que se dejan ver percepciones claras:

Estaremos atentos al programa de modernización militar de China, y nos prepararemos para asegurar que los intereses de los Estados Unidos y de sus aliados a nivel regional y global, no se vean negativamente afectados. (y) Continuaremos estimulando un

relajamiento en la tensión que hay entre la República Popular China y Taiwán (THE WHITE HOUSE, 2010, p. 43).

Después de un periodo de crisis económica, Estados Unidos viene en un proceso de recuperación. Aunque sus intervenciones en Medio Oriente no han cesado, ni Afganistán ni Irak son hoy tan demandantes como lo fueron hace unos años. El cambio en la situación geopolítica y económica de Estados Unidos, el debilitamiento del liderazgo brasileño, la incomodidad sobre algunos aspectos relacionados con el autonomismo suramericano, pueden constituir un primer llamado al retorno de la superpotencia a Latinoamérica. Pero quizás lo que más ha despertado el renovado interés de Estados Unidos por regresar al espacio panamericano es la creciente presencia de China en Latinoamérica. Si bien hace unos años la atención que la superpotencia estaba poniendo en China fue una de las razones por las cuales Estados Unidos “abandonó” el sur del continente, también es la preocupación que le despierta China una de las razones más fuertes que lo invitan a regresar.

Estados Unidos le ha apostado a aumentar su influencia en Medio Oriente, ganarse el favor de la India, mantener su alianza con Taiwán, su buen trato con Corea del Sur, y por fortalecer a Japón. Todo esto como parte de una estrategia para mantener a China “bajo control”. El gigante asiático, rodeado de aliados estadounidenses en sus fronteras, ha reaccionado incrementando influencia en Latinoamérica. Esta región, una de las principales productoras de materias primas, es una de las grandes proveedoras del desarrollo industrial chino, y receptora de sus manufacturas. Además, entre los diferentes tonos que ha tomado el autonomismo regional, varios países han optado por abrir sus puertas a la industria militar China.

Acorde con estos cambios, en la *National Security Strategy* de 2015 se percibe un cambio de actitud. Brasil, que en 2010 se llevó el protagonismo entre los países del hemisferio, en esta oportunidad aparece apenas mencionado como un país con el que vale la pena incrementar el comercio. Mucho más relevancia se les da a México, Perú y Chile como socios estratégicos en la región con quienes comparte el proyecto del *Trans-Pacific Partnership*, siendo este escenario uno de los que la superpotencia está usando contener el avance de China (PASTRANA; BETANCOURT; CASTRO, 2014). Sobre Colombia se expresa el apoyo al proceso de

paz, y se menciona que “buscamos profundizar nuestra alianza estratégica con Colombia, actor clave para contribuir a la paz y seguridad internacionales” (THE WHITE HOUSE, 2015, p. 28). Como se ve, el rol de aliado en temas de seguridad y estabilidad internacional, asignado en 2010 a Brasil, se le da ahora a Colombia.

Además, se hace aún más énfasis en ciertas inquietudes que hay sobre China, que fácilmente se pueden entender como advertencias:

Mantenemos la alerta por la modernización militar de China y rechazamos cualquier rol de intimidación en la resolución de disputas territoriales [...] Monitorearemos la modernización militar de China y su creciente presencia en Asia, buscando formas de reducir el riesgo de malentendidos y errores de cálculo (THE WHITE HOUSE, 2015, p. 24).

El beneplácito de Estados Unidos a sobre lo que ocurrió en Suramérica la década pasada parece ser hoy solo una cuestión entendible en aquel momento, pero evidentemente reversible. Por las diferentes razones expuestas, el valor estratégico de la influencia en el hemisferio se ha elevado, y eso ha marcado no solo el regreso de Cuba, sino también de la potencia del norte. Estados Unidos tiene suficientes motivos para reconstruir la idea de un único continente con relaciones de poder asimétricas. En ese sentido, el restablecimiento de las relaciones con Cuba, que en muchos sentidos puede considerarse como un triunfo de las demandas de diferentes países latinoamericanos, también puede ser el inicio de una estrategia para que la potencia del norte vuelva a regir los asuntos del continente.

## **Conclusiones**

La forma como se delimita el espacio regional, y los valores asociados a esa delimitación, implican también ciertas relaciones de poder. Los conceptos de América, Latinoamérica, y Suramérica contemplan en ese sentido propuestas en competencia por definir hegemonías, liderazgos, valores, y alianzas.

La consolidación de Brasil como potencia líder regional a comienzos del siglo XXI estuvo acompañada de un proceso de delimitación de Sudamérica como su espacio de influencia. Esta

definición difiere de otras concepciones del espacio continental, pues constituye una alternativa al tradicional alineamiento de la región con Estados Unidos y a la formulación de la Doctrina Monroe hecha por la superpotencia, que concibió al continente como su área de influencia.

Además del buen trabajo que hizo Brasil posicionando su proyecto regional, hubo un contexto que favoreció su que esto ocurriera. Sin embargo, en los últimos años varios cambios en Brasil y en el contexto conllevaron a un debilitamiento del proyecto de Suramérica. Esto deja la duda de si el éxito logrado en su momento fue solo una cuestión coyuntural o, si pese al mal momento que atraviesan, Brasil está en condiciones de mantener vivas sus iniciativas.

A nivel regional hay al menos tres iniciativas que están ganando terreno en el vecindario, en un probable detrimento de los avances brasileños. Estos tres proyectos son: 1) la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe; 2) La Alianza del Pacífico y 3) El regreso de Cuba a la región.

Se ha presentado una renovación del interés estadounidense en Latinoamérica, definido por diversos cambios en el contexto, pero sobre todo, por la creciente presencia de China en la región. En este sentido se puede esperar que en los próximos años la relación entre el norte y el sur del continente sea un poco más dinámica que lo que fue en la década pasada.

No se afirma el fin del proyecto suramericano de Brasil, ni su declive definitivo como líder regional. Sin embargo, ésta es una posibilidad que irá tomando fuerza en la medida en que el gigante del sur siga manteniendo un rol pasivo en la política exterior con sus vecinos.

VÉLEZ, R. B. Renewing the backyard? The weakening of Brazilian South America and the return of the United States to the region. *Perspectivas*, São Paulo, v. 50, p. 131-156, jul./dez. 2017.

■ **ABSTRACT:** *This article analyzes different ideas of region that have been together in the American continent, and emphasizes the successful regional proposal supported by Brazil in the first fifteen years of the 21st century, when several countries supported the conception of a South American regional space. However, there are difficulties for the South American project to transcend over time for several reasons. Among them, we find the changes in foreign policy derived from changes in*

government, the vulnerability of economies in the face of changes in the prices of commodities, the existence of alternative regional projects, and the changes in the relations between the United States and Latin America. These factors can lead to the leadership of Brazil having to renew itself to adapt to the new challenges that will arise.

■ **KEYWORDS:** South America. Brazilian leadership. Latin America. United States.

## Referencias

AMORIM, C. South American Integration. *Diplomacy, Strategy & Politics*, 10, p. 5-25, 2009.

ARDAO, A. Panamericanismo y Latinoamericanismo. En: ZEA, L. *América Latina en sus ideas*. México D.F.: Siglo XXI Editores, p. 157-171, 2006.

ARROYAVE, M. La UNASUR en la estrategia regional de Colombia y Brasil. En: BUELVAS, E. P.; JOST, S.; FLEMES, D. *Colombia y Brasil: ¿socios estratégicos en la construcción de Suramérica?* Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, p. 239-282, 2012.

BETANCOURT, R. Colombia frente a los espacios regionales de cooperación e integración. En: JOST, S. *Colombia: ¿una potencia en desarrollo?*. Bogotá: Konrad Adenauer Stiftung, p. 659-673, 2012.

BETANCOURT, R. ¿El ocaso de la Doctrina Monroe? Colombia y Brasil, entre el norte de siempre y un sur renovado. *Papel Político*, v. 19, n. 2, p. 691-719, 2014.

BOORSTIN, D. *Compendio histórico de los Estados Unidos: un recorrido por sus documentos fundamentales*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1997.

FLEMES, D. La política exterior colombiana desde la perspectiva del realismo neoclásico. En: JOST, S. *Colombia ¿Una potencia en desarrollo? Escenarios y desafíos para su política exterior*. Bogotá: Konrad Adenauer Stiftung, p. 19-38, 2012a.

FLEMES, D. Actores estatales y regionalismo estratégico: Brasil y Colombia en el orden multipolar. En: BUELVAS, E. P;

JOST, S; FLEMES, D. *Colombia y Brasil: ¿socios estratégicos en la construcción de Suramérica?* Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, p. 25-47, 2012b.

GOBIERNOS *representados en la conferencia interamericana para el mantenimiento de la paz y la seguridad del continente*. 1947. Disponible en: <<http://www.oas.org/juridico/spanish/tratados/b-29.html>>.

GUDYNAS, E. *El camino de la integración sudamericana*. Montevideo: CLAES – D3e, 2006.

KISSINGER, H. *Does America Need a Foreign Policy? Toward a Diplomacy for the 21st. Century*. Nueva York: Simon and Shuster, 2001.

NOLTE, D.; WEHNER, L. Unasur and Regional Security in South America. Paper presented at the *Conference on Regional Organizations and Security Conceptions and Practices*, ETH Zürich, 2013.

OLIVA, C. Las relaciones de Cuba con América Latina y el Caribe: Imperativos para consolidar la reinserción regional. En: AYERBE, L. F. *Cuba, Estados Unidos y América Latina frente a los desafíos hemisféricos*. Buenos Aires: Ediciones CRIES, p. 69-100, 2011.

PASTRANA, E.; VERA, D. Rasgos de la política exterior brasileña en su proceso de ascenso como potencia regional y jugador global. En: PASTRANA, E; JOST, S; FLEMES, D. *Colombia y Brasil: ¿socios estratégicos en la construcción de Suramérica?* Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, p. 135-185, 2012.

PASTRANA, E.; BETANCOURT, R.; CASTRO, R. Colombia y la Alianza del Pacífico: un proyecto regional de cara a la multipolaridad creciente. En: BUELVAS, E. P; GEHRING, H. *Alianza del Pacífico: mitos y realidades*. Cali: Editorial Universidad Santiago de Cali; Fundación Konrad Adenauer Stiftung; Pontificia Universidad Javeriana, p. 173-206, 2014.

RAMÍREZ, S. América Latina y el Caribe: diferenciación y acercamiento. En: CARDONA, D. *Colombia: una política exterior en transición*. Bogotá: FESCOL, p. 125-144, 2011.

RIGGIROZZI, P. Region, regionness and regionalism in Latin America: Towards a new synthesis. Working Paper n. 130, abr.,



2010. *Latin America Trade Network* (LATN). Disponible en: <<http://www.latn.org.ar/wp-content/uploads/2013/03/WP130.pdf>>.

RIGGIROZZI, P. Re-territorializando consensos: Hacia un regionalismo post-hegemónico en América Latina. En: SERBÍN, A. (Coord.). El regionalismo “post-liberal” en América Latina y el Caribe: nuevos actores, nuevos temas, nuevos desafíos. *Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Gran Caribe*. Buenos Aires: Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas & Sociales, n. 9, 2012, 549 p.

ROCHA, A.; MORALES, D. El Sistema Político Internacional de post-Guerra Fría y el rol de las potencias regionales mediadoras. Los casos de Brasil y México. *Espiral*, p. 23-75, 2008.

ROETT, R. Brasil y Estados Unidos. En: HOFMEISTER, W.; ROJAS, F.; SOLÍS, L. G. (Org.). *La percepción de Brasil en el contexto Internacional: Perspectivas y desafíos*. América Latina: Flacso; Konrad Adenauer Stiftung, 2007, tomo II, p. 47-75.

SANAHUJA, J. A. Regionalismo post-liberal y multilateralismo en Sudamérica: El caso de UNASUR. En: SERBÍN, A. (Coord.). El regionalismo “post-liberal” en América Latina y el Caribe: nuevos actores, nuevos temas, nuevos desafíos. *Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Gran Caribe*. Buenos Aires: Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas & Sociales, n. 9, 2012, 549 p.

SPEKTOR, M. El regionalismo de Brasil. En: SORJ, B.; FAUSTO S. *Brasil y América del sur: miradas cruzadas*. Buenos Aires: Plataforma Democrática, p. 161-198, 2011.

THE WHITE HOUSE. *National Security Strategy*. Washington D. C.: The White House. 2010.

THE WHITE HOUSE. *National Security Strategy*. Washington D. C.: The White House. 2015.

TUSSIE, D.; TRUCCO, P. *Nación y región en América del Sur*. Los actores nacionales y la economía política de la integración sudamericana. Buenos Aires: Teseo, 2010.

VEIGA, P. D.; RIOS, S. *O regionalismo pós-liberal, na América do Sul: origens, iniciativas e dilemas*. Santiago: CEPAL Série Comércio Internacional, 2007.

## **Bibliografía consultada**

PASTRANA, E. Evolución y perspectivas de las relaciones entre Colombia y Brasil. En: SORJ, B.; FAUSTO, S. *Brasil y América del sur: miradas cruzadas*. Buenos Aires: Plataforma Democrática, p. 76-116, 2011.

PRIETO, G.; BETANCOURT, R. Entre la soberanía, el liberalismo y la innovación: un marco conceptual para el análisis de la Alianza del Pacífico. In: BUELVAS, E. P.; GEHRING, H. *Alianza del Pacífico: mitos y realidades*. Cali: Editorial Universidad Santiago de Cali; Fundación Konrad Adenauer Stiftung; Pontificia Universidad Javeriana, p. 75-115, 2014.